

Palabras prohibidas: discursividad política y juventud en Argentina tras el giro a la derecha

Yair Buonfiglio

Universidad Nacional de Córdoba

Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICET)

Argentina

E-mail: yairb@conicet.gov.ar

Área temática: Política, cultura, ideología y discursos

Trabajo preparado para su presentación en el 9º Congreso Latinoamericano de Ciencia Política, organizado por la Asociación Latinoamericana de Ciencia Política (ALACIP). Montevideo, 26 al 28 de julio de 2017.

Resumen

Las transformaciones en el escenario político argentino que comenzaron a sucederse tras el triunfo de la alianza Cambiemos en las elecciones presidenciales de 2015 exhiben cambios más generales en la discursividad social. Tópicos y significantes que ocupaban zonas periféricas de la cartografía discursiva hoy se encuentran en espacios relevantes, mientras que otros que detentaban posiciones más bien centrales han sido relegados. En este marco, nuestra investigación considera el modo como las figuras del joven y la juventud son construidas en la discursividad política y mediática de la Argentina contemporánea. Particularmente, intentamos dar cuenta del contraste entre un modo de nombrar la juventud que había sostenido cierto predominio durante el kirchnerismo -vinculado a la política, la militancia y la movilización-, y la propuesta que, a instancias de los medios dominantes y el discurso macrista, construye la figura del joven deseable en términos de cualidades y acciones individuales coherentes con las necesidades del mercado. Desde estas coordenadas, y con recurso a herramientas conceptuales procedentes del análisis político del discurso y de la semiótica narrativa, analizamos la norma recientemente sancionada que prohíbe la realización de “actividades políticas” en las escuelas de la provincia de Buenos Aires como parte de un proceso más generalizado de negación y negativización de la política como práctica y como signifiante, particularmente cuando aparece vinculada a los jóvenes.

Texto completo

Podríamos comenzar este trabajo con una afirmación de carácter general: en toda sociedad, en todo momento histórico, la producción, circulación, distribución y recepción del discurso ha estado –y estará –determinada por una serie de factores, más o menos tangibles, más o menos controlables, que hacen imposible la plena libertad de la palabra. En *Las palabras y las cosas*, Michel Foucault se refirió a las determinaciones de orden estructural que rigen el discurso. La “episteme” es, para el historiador de los sistemas de pensamiento, un modo de percibir, ordenar, organizar y nombrar el mundo que impera en una época determinada y

funciona como marco de posibilidades del pensamiento humano; una suerte de “malla” que se superpone al lenguaje, la segunda gran estructura del pensamiento.

En *El orden del discurso*, Foucault afirma que

...en toda sociedad la producción del discurso está a la vez controlada, seleccionada y redistribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función conjurar sus poderes y peligros, dominar el acontecimiento aleatorio y esquivar su pesada y terrible materialidad. (Foucault, 2005: 14)

Tales “procedimientos” no aparecen ya como características del “modo de pensar” imperante en una determinada cultura, sino como prácticas socialmente establecidas y vinculadas a las relaciones de poder. En efecto, si el discurso no es solamente la materialidad en la que se expresan las luchas sino el objeto por el cual se lucha, si es de interés para el poder, entonces los modos como será controlado y distribuido no pueden ser dominio del azar. Los tres procedimientos de regulación que distingue Foucault (2005), esto es, la prohibición, la veridicción y la normalización/exclusión del discurso del “loco”, aparecen ligados a instituciones concretas donde el poder se materializa en las cosas y en los cuerpos. La metáfora de la “policía discursiva” (Foucault, 2005: 38) funciona porque nos remite a esa institución que identifica, interroga, censura, castiga y excluye.

Inscrito en la tradición foucaultiana, Marc Angenot sostiene que existe un “sistema regulador global”¹ (2010: 91) que organiza todo lo que se dice, lo que se escribe, pero también lo que *podría* decirse y escribirse. En otras palabras, lo decible, lo enunciable en un “estado de sociedad” es consecuencia de una serie de reglas generales que definen no solo lo que es y no es aceptable, sino la posición de mayor o menor legitimidad y jerarquía que un enunciado tendrá en el “discurso social”. Así, incluso si algo puede ser pensado, aun cuando pueda ser enunciado, todo un sistema de reglas y procedimientos encauzan la materialidad del discurso y lo colocan en la zona de la discursividad social que le corresponde en función del estado de “fuerzas” sociales vigente en cada momento.

Desde esta perspectiva, interesa preguntarse qué lugar ocupan, en nuestra sociedad, los discursos de y sobre los jóvenes. Qué estatuto se les reconoce en tanto enunciadores y qué

¹ Angenot lo llama “hegemonía”. Nosotros optamos por prescindir del término para evitar confusiones con el modo como la entiende Laclau.

jerarquía se le otorga a lo que dicen. También, y en el mismo sentido, de qué modo los discursos “centrales” en la discursividad social construyen su identidad, en tanto estas pueden rastrearse en su dimensión narrativa.

Respecto del modo como los jóvenes aparecen contruidos en el discurso social, expondremos algunas consideraciones relacionadas con la discursividad mediática, pues entendemos que los grandes medios de comunicación no solo ocupan lugares de enunciación privilegiados –aunque en creciente cuestionamiento –sino que son capaces de instituir y fijar sentidos acerca del mundo.

Un análisis publicado por Mariana Chaves en 2005 reconoce una extensa tipología de representaciones discursivas acerca de los jóvenes que, aunque vehiculizadas por distintas “formaciones discursivas”, coinciden en construirlos a partir de la carencia. El discurso médico-biologicista, el discurso periodístico, el discurso jurídico, el discurso pedagógico, el discurso sociologista, “quitan agencia al joven o directamente no reconocen al joven como un actor social con capacidades propias” (Chaves, 2005). El joven, en suma, siempre carece de algo: de valores –peligroso-, de capacidad –mal alumno, desempleado-, de juicio –ser incompleto-, de deseo. De allí que, para la autora, los discursos dominantes responden a los modelos represivo y jurídico del poder:

...la juventud está signada por «el gran no», *es negada* (modelo jurídico) o *negativizada* (modelo represivo), se le niega existencia como sujeto total (en transición, incompleto, ni niño ni adulto) o se negativizan sus prácticas (juventud problema, juventud gris, joven desviado, tribu juvenil, ser rebelde, delincuente, etc.). (Chaves, 2005. Los destacados son nuestros).

Un trabajo más reciente de Florencia Saintout (2013) identifica, en un sentido semejante al de Chaves, tres grandes tipos de joven de acuerdo con la construcción que realizan los medios dominantes. En primer lugar, los jóvenes exitosos, integrados al mercado y a los valores hegemónicos que construyen la belleza, la familia, la amistad y la adolescencia; son los protagonistas de las telenovelas, los retratados por los informativos como héroes o sujetos excepcionales cuando llevan a cabo una acción valiosa que, en principio, no se espera de ellos. En segundo lugar, los jóvenes apáticos, desinteresados, ajenos a la vida social, cultural, a los problemas comunitarios; a menudo se les llama “ni-ni” porque ni trabajan ni estudian

o, si lo hacen, no lo desean, no están comprometidos. Aparecen, estos últimos, como el estereotipo de la juventud estándar. Son irrelevantes. No tienen éxito, pero tampoco son los peligrosos. Estos constituyen la tercera de las tipologías que describe Saintout. Aparecen en la sección “policiales” o en los programas que se dedican a mostrar las miserias y los peligros de la vida nocturna en los sitios periféricos de la ciudad. Son, se dice, violentos, dedicados al alcohol y a la droga y, con ello, proclives a la comisión de delitos respecto de los cuales el asesinato aparece como el último e irremediable eslabón. Se dice, también, que los valores negativos les son inerradicables porque los llevan en el cuerpo prácticamente desde que nacieron. Y frente a su irrecuperabilidad, la solución que se propone es el sistema penal: intensificar la vigilancia policial, incrementar la cantidad de conductas tipificadas como delito, aumentar la cantidad y severidad de las penas.

Estas caracterizaciones nos muestran cómo, en definitiva, los discursos dominantes construyen a los jóvenes como sujetos ajenos a la política. Ya sea porque no les interesa, ya sea porque lo suyo es la apuesta a lo individual, ya sea porque su peligrosidad los hace objetos de la tutela estatal y no sujetos de la transformación social, lo cierto es que la negación y negativización de la juventud que operan los grandes medios de comunicación, conjuntamente –a menudo –con las instituciones estatales, los excluye de la política como tópico y como práctica. Al mismo tiempo, el discurso político no les habla “a ellos”, sino que habla “de ellos”, a la vez que su posibilidad de constituirse en sujetos de la enunciación en esta formación discursiva aparece obturada casi por completo.

Tal diagnóstico, sin embargo, parte del análisis de lo que podríamos llamar “discursos dominantes”, es decir, aquellos que ocupan espacios centrales en la discursividad social, los que han logrado fijar, aunque de manera precaria y contingente, sentidos acerca de los sujetos y los objetos que vienen a nombrar. Este dominio, sin embargo, siempre puede ser disputado. Y, de hecho, lo es, a veces con mayor intensidad y visibilidad, y otras, de modo más bien solapado o microfísico. En este sentido, si entendemos que lo social es discursivo, podemos afirmar también que toda disputa política es, en definitiva, una lucha por la fijación del sentido, por la nominación legítima del mundo. Es preciso advertir, entonces, que los discursos dominantes acerca de la juventud han sido puestos en tensión por la política y desde el Estado durante la última década.

En efecto, durante la primera década del siglo XXI, tuvieron lugar en América Latina experiencias políticas que discontinuaron el orden neoliberal imperante en la década del '90. En países como Brasil, Uruguay, Paraguay, Ecuador, Venezuela, Honduras, Argentina e, inclusive, Chile y Perú, la identidad política de los partidos, alianzas o movimientos gobernantes se construía en oposición a alternativas conservadoras y vinculadas al mercado. Y, si bien los procesos fueron distintos en cada país merced a sus propias tradiciones, culturas y contextos, puede decirse que la ampliación de derechos, la intervención estatal en la economía y, con ello, cierto grado de distribución de la riqueza fueron características comunes a todos ellos. Para Arditi (2009), Latinoamérica había girado a la izquierda:

Si en las décadas de 1980 y 1990 ese centro [de la política] estuvo codificado por la democracia multipartidista, la expansión del mercado y la disminución del papel del Estado, el giro a la izquierda está redefiniendo el centro político con nuevas coordenadas que incluyen la regulación del mercado y el fortalecimiento del Estado por un lado y, por el otro, mayor justicia social, equidad y un acrecentado sentido de participación y pertenencia más allá de la representación. (Arditi, 2009: 18)

En Argentina, este “giro a la izquierda” comenzó a delinearse con la llegada de Néstor Kirchner a la presidencia de la nación en 2003. Se trataba del primer mandatario elegido por el voto popular tras la renuncia de Fernando de la Rúa en 2001 y los sucesivos interinatos resueltos por el Congreso. En este marco, la identidad del kirchnerismo se construyó por oposición a las figuras, los valores y los tópicos del discurso político de los '90, al que reconocía, a su vez, como una prolongación democrática del modelo económico impuesto por la última dictadura militar.

El neoliberalismo era el significante que trazaba la equivalencia entre las identidades que conformaban la exterioridad respecto del kirchnerismo, de tal modo que todas ellas eran corresponsables del daño infligido al pueblo durante los '90, cuyas trágicas consecuencias se habían visibilizado en la crisis de 2001: desocupación, pobreza, hambre, violencia y desagregación social. El kirchnerismo se construyó, así, como la representación de una nueva época que venía a dejar atrás una historia reciente que se considera negativa para las mayorías. Ruptura, entonces, con el pasado neoliberal y filiación política con la juventud militante de los '70, generación en la que Kirchner se inscribía y a cuyos desaparecidos nombraba como “compañeros” (Martínez, 2014).

De esta manera, el discurso kirchnerista asignó tanto a la política como a los jóvenes lugares particularmente relevantes y legítimos en su topografía discursiva. Es que, si la política era el camino de la transformación, los jóvenes en la política representaban la posibilidad de fundar un nuevo orden, un orden solidario, igualitario, que superase un pasado inmediato doloroso y signado por la pérdida –del trabajo en los '90, de la democracia y de la vida en los '70; para el kirchnerismo, en suma, la juventud deseable era aquella que se involucraba en los procesos de transformación social de manera colectiva y cuya misión sería continuar tanto un legado inmediato –un país san(e)ado- como una tradición militante y rebelde, anclada principalmente en el primer peronismo y en la militancia de izquierda de los '70.

Es posible sostener, en consecuencia, que el discurso kirchnerista produjo una discontinuidad respecto de ese modo de nombrar a los jóvenes como sujetos carentes, negados y negativizados que, como dijimos, había hegemonizado la discursividad política –y quizás también la discursividad social –durante, al menos, la década del '90 y los primeros años del siglo XXI. Es en este marco que, sostenemos, el discurso kirchnerista vino a romper con las narrativas hegemónicas sobre los jóvenes.

En efecto, se ha hablado de un “reencantamiento de la política” (Arditi, 2011) para explicar un proceso que, no solamente en Argentina, devolvió a la ciudadanía cierta “fascinación con y por la política” (Arditi, 2011: 69) ligada al regreso de las experiencias populistas. Reencantamiento de la política es, en definitiva, que la política pueda volver a ser pensada como un camino para el cambio social, para la emancipación, para la mejora en las condiciones de vida de las grandes mayorías. Pero este nuevo encantamiento no implica, como bien advierte Arditi, una réplica de las experiencias pasadas; supone, en cambio, la emergencia de nuevas identidades políticas que puedan representar las demandas de las mayorías contemporáneas. Lo nuevo entusiasmo y el futuro aparece otra vez como algo posible, como un tiempo que puede ser mejor.

Frente a quienes afirman que, merced al reencantamiento, los jóvenes regresaron a la política convocados y entusiasmados por la experiencia kirchnerista, Melina Vázquez (2013) sostiene la posibilidad de argumentar que “los colectivos juveniles sostienen mayoritariamente un descrédito hacia la política” (Vázquez, 2013) y que la participación juvenil, en términos numéricos, no necesariamente es mayor que la visible en tiempos precedentes.

Sin embargo, más allá de esas dudas, si es posible afirmar con toda certeza que el kirchnerismo, a diferencia de otros discursos políticos pasados y contemporáneos, interpeló a la juventud, se dirigió a ella, la construyó y la convocó como un sujeto colectivo cuya intervención en la construcción de lo común no era sólo posible, sino que fundamentalmente era deseable. Así, durante los doce años en que gobernaron Néstor y Cristina Kirchner –y especialmente a lo largo de los dos mandatos de ella –se crearon organizaciones políticas juveniles como La Cámpora y las distintas variantes de la Juventud Peronista, se organizaron actos con una concurrencia juvenil casi excluyente y los líderes políticos se dirigieron a los jóvenes en incontables ocasiones.

Ahora bien, ¿cuál es el lugar que el discurso kirchnerista les asignó a los jóvenes en ese proceso de reencantamiento de/regreso a la política? Es preciso señalar aquí que el kirchnerismo, como ocurre habitualmente con las articulaciones políticas populistas (Barros, 2013), se presentó como el sujeto histórico que habría de sanar las heridas de un pueblo dañado por el neoliberalismo. Así, frente a un estado de cosas negativo para las mayorías populares, era el Estado el agente de transformación que produciría los cambios necesarios para avanzar hacia un horizonte de igualdad. En consecuencia, la gran política aparecía como el camino para disputar el control del Estado y, con ello, enfrentar a los sectores dominantes cuyos intereses eran contrarios a los del pueblo.

En este marco, los jóvenes son construidos como sujeto colectivo y, fundamentalmente, como sujeto político, es decir, como sujetos capaces de actuar colectivamente para disputar el Estado y, desde allí, intervenir en los procesos de transformación cuya necesidad se enuncia.

Como se observa, juventud y cambio constituyen un par indisociable. Pero si los jóvenes son lo nuevo, son el futuro y, por lo tanto, ruptura con el pasado, entonces promover el cambio es, de algún modo, ser joven. De allí la identificación entre el líder y la juventud: en tanto sujeto de transformación, es joven aunque biológicamente no lo sea. Porque, en definitiva, la juventud pareciera más un sentimiento que una condición objetiva. Juventud, en suma, como principio de identificación, como punto de capitón de la articulación política.

Sin embargo, tras doce años en el gobierno, el kirchnerismo fue derrotado en las elecciones presidenciales de 2015 y la presidencia fue asumida por Mauricio Macri, líder de la alianza Cambiemos, espacio que reunía a la Unión Cívica Radical –histórico partido popular fundado

a principios del siglo XX-, el partido Propuesta Republicana –de centroderecha, anclado principalmente en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y sede específica del “macrismo”- y la Coalición Cívica, frente que inicialmente abrevó en la centroizquierda para, en los últimos años, orientarse cada vez más a posiciones de centroderecha.

El triunfo de la alianza Cambiemos no fue únicamente electoral. Se trató, antes bien, del advenimiento de un nuevo lenguaje, un nuevo modo de nombrar el mundo y, en especial, a los sujetos que lo habitan. Es que, como se ha afirmado con insistencia tras el “giro lingüístico” –y como, de hecho, hemos sostenido algunas líneas más arriba- toda disputa política es una disputa por la fijación del sentido en la dimensión del discurso y, en este caso, la emergencia de una nueva representación suponía también el desplazamiento de los significantes que habían sido hegemónicos durante una década para dejar lugar a nuevos signos que intentaran representar lo real.

Así, los empleados estatales se transformaron en “grasa militante”, los derechos de los trabajadores en “mafia de los juicios laborales”, la “década ganada” en “década robada/saqueada”, e incluso el significante “30000 desaparecidos”, símbolo del terrorismo de Estado llevado a cabo por la última dictadura militar, fue cuestionado por funcionarios gubernamentales.

Pero, más allá de lo simbólico, el discurso estatal, acompañado por una amplia mayoría de los medios de comunicación, comenzó a reconstruir el lugar del Estado, el ciudadano y el empresario en el nuevo proyecto de país. Frente a un discurso kirchnerista que colocaba al Estado como el agente de la transformación social que habría de garantizar el bienestar del ciudadano a partir de la distribución de la riqueza –acaparada o robada por el empresario –y la ampliación de derechos, el macrismo opuso una narrativa donde el Estado aparece como un obstáculo para el desarrollo de la economía, proceso que habría de darse a instancia de los empresarios y donde los ciudadanos deberían insertarse como mano de obra dispuesta a aceptar condiciones de trabajo más favorables a sus patrones. Resulta llamativa, en este contexto, la metáfora de “grasa militante” utilizada por el exministro de Economía Alfonso Prat Gay para referirse al –a su juicio –exceso de empleados estatales. Es que, si en una cultura como la nuestra, la grasa es aquello indeseable que sobra en un cuerpo sobredimensionado, y su eliminación resulta deseable por motivos estéticos, médicos e

incluso de volumen, en el discurso macrista la “grasa” es, en el Estado, aquello que debe reducirse para tener, en definitiva, un Estado más pequeño que no sea obstáculo a la iniciativa de los capitalistas.

En relación con los jóvenes –aunque no exclusivamente- toda una retórica del esfuerzo, el talento y el mérito individuales desplazó al lenguaje de lo universal, de los derechos, de la inclusión. “Para los mejores” ocupó el sitio que antes ocupaba el “para todos”. Y a propósito de la relación entre jóvenes y política, el cambio también se hizo notar.

En efecto, es posible sostener que el discurso kirchnerista no solo construyó a los jóvenes como sujetos activos en los procesos de transformación social. También viabilizó y propició su involucramiento en espacios tradicionalmente reservados para los adultos. Dos leyes –en definitiva, discursos performáticos- sancionadas durante este período pueden tomarse como emblemáticas de este proceso. Por un lado, la ampliación del derecho al voto en elecciones nacionales para los jóvenes de 16 y 17 años. Por otro, la sanción de una ley que promovía la formación de centros de estudiantes en las escuelas de todo el país y obligaba a las autoridades escolares a reconocerlos y a otorgarles tiempos institucionales y espacio físico para su organización; esta ley -26877- estuvo acompañada, además, por la creación de un programa nacional destinado a financiar el funcionamiento de tales organizaciones.

El macrismo mantuvo la vigencia de dichas leyes. Sin embargo, a comienzos de 2017, el Gobierno de la provincia de Buenos Aires, proveniente también de la alianza Cambiemos, dictó una resolución por la cual se prohíbe la realización, en las escuelas públicas, de “actividades en las que se traten, de manera directa o indirecta, asuntos de carácter político partidario o se utilicen símbolos de partidos políticos”². “La escuela debe volver a ser un lugar sagrado, donde toda la comunidad educativa se sienta resguardada y protegida”³, señaló el director de Cultura y Educación en declaraciones periodísticas. Ambos fragmentos, analizados en su contexto, exhiben operaciones semejantes. La Resolución, por un lado, equipara los “asuntos de carácter político partidario” con “actividades con connotaciones raciales” y “el expendio de bebidas alcohólicas, tabaco y la realización de juegos de azar”.

² Resolución 07/2017 de la Dirección General de Cultura y Educación. Accesible en: http://abc.gov.ar/sites/default/files/resolucion_07-2017.pdf

³ Infobae (2017): “Prohibieron los actos partidarios en las escuelas bonaerenses”. Accesible en <http://www.infobae.com/politica/2017/01/24/prohibieron-los-actos-partidarios-en-las-escuelas-bonaerenses/>

Política, racismo, alcohol y tabaco: una cadena de equivalencias que construye esa exterioridad de la escuela a la que los jóvenes deben ser ajenos. Las declaraciones del Ministro, por su parte, ratifican la idea de “sacralidad” vinculada a la institución escolar. La escuela aparece, allí, como un *topoi* fuera del mundo, sede de valores positivos, que debe mantenerse ajena a los objetos y las prácticas disvaliosas que circulan en el exterior. En ese espacio sagrado, entonces, no hay política. La política queda del lado “de afuera”, junto con el alcohol, el tabaco y los jóvenes “otros”, lo que sí han sido “contaminados” por la militancia.

Al comenzar este trabajo señalamos, junto con Foucault, que en toda sociedad la circulación del discurso se encuentra controlada y distribuida por cierto número de procedimientos que tienen por función encauzar su “peligrosa” materialidad. La resolución 07/17 aparece, en este sentido, como un dispositivo de exclusión, de prohibición. La política no puede “ser dicha” por los jóvenes, al menos no dentro de la escuela, espacio que “naturalmente” les correspondería. El joven-modelo construido por la Ley vuelve a estar alejado de la participación, de la militancia, del involucramiento en las grandes discusiones y en las batallas épicas por la transformación de lo colectivo. La escuela, por el contrario, aparece como un lugar que debe ser ajeno a la política, esto es, a la disputa por el sentido –y por el orden- del mundo. Si los sentidos no pueden discutirse, si el orden no puede ponerse en cuestión, es porque uno de los mundos posibles se ha establecido e intenta permanecer inmovible con recurso a la Policía, ya sea la discursiva, ya sea la que utiliza armas de otra materialidad. Cabe preguntarse, sin embargo, en qué medida lo que ya es decible puede ser, efectivamente, callado, y si lo es, por cuánto tiempo.

Bibliografía

Angenot, M. (2010): *El discurso social. Los límites de lo pensable y lo decible*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Arditi, B. (2009): “Pertenencia y reencantamiento de la política en el escenario postliberal”. Santiago de Chile: CEPAL.

Arditi, B. (2011): “El reencantamiento de la política como espacio de participación ciudadana”. En Hopenhayn, Martín y Soho, Ana (comp.), *Sentido de pertenencia en sociedades fragmentadas. América Latina desde una perspectiva global*. Buenos Aires: Siglo XXI.

Barros, S. (2013): “Despejando la espesura. La distinción entre identificaciones populares y articulaciones políticas populistas”. En *Las brechas del pueblo. Reflexiones sobre identidades populares y populismo*. Buenos Aires: Universidad Nacional de General Sarmiento.

Chaves, M. (2005): “Juventud negada y negativizada: representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea”. En *Última década*, V° 13, N° 23. Santiago: CIDPA.

Foucault, M. (1968): *Las palabras y las cosas: una arqueología de las ciencias humanas*. México: Siglo XXI.

Foucault, M. (2005): *El orden del discurso*. Buenos Aires: Tusquets.

Martínez, F. (2014): “Subjetividades post-neoliberales: jóvenes como *pueblo*”. En Bonetto, Susana y Martínez, Fabiana (comp), *Militancia y Juventud*. Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.

Saintout, F. (2013): *Los jóvenes en la Argentina desde una epistemología de la esperanza*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.

Vázquez, M. (2013): “En torno a la construcción de la juventud como causa pública durante el kirchnerismo: principios de adhesión, participación y reconocimiento”. En *Revista Argentina de Estudios de Juventud*, n° 7. Universidad Nacional de La Plata.